

VII

EN DONDE PETIT-PIERRE HACE DE TRIPAS CORAZÓN

El abogado partió en seguida para Nantes, y poco después descendió Petit-Pierre vestido de aldeano á la sala baja de la granja, á pesar de que la nôche no había aún llegado á las dos terceras partes de su carrera. Era dicha sala un vasto aposento de paredes parduscas desprovistas en varios parajes del yeso que las había revocado, y cuyas vigas ennegreció el humo. Había en ella un grandísimo armario de roble pulido, cuya cerradura relucía en la oscuridad, y dos camas paralelas cubiertas de un sencillo córtinaje de sarça verdusca, completando el mueblaje dos toscas artesas y un reloj de pared encerrado en una caja de madera esculpida, que con su lento y monótono tic-tac recordaba la vida en el silencio de la noche. Anchurosa era la chimenea, y guarnecía su campana una tira de tela parecida á la de las cortinas, con la diferencia de que la tira había pasado del verde subido al prieto; veíanse en ella los adornos de costumbre, á saber: una figurita de cera, imagen del Niño Jesús dentro de un globo de cristal, dos jarros de porcelana con flores artificiales cubiertos de una gasa para preservarlos de las moscas, una escopeta de dos tiros y un ramo pascual.

Separaba la sala del establo un tabique de madera, en el cual se habían practicado algunas aberturas, por donde sacaban la cabeza las vacas para comer el pienso, que allí les colocaba el colono.

Cuando Petit-Pierre abrió la puerta de la habitación, sin duda después de despedir al dueño del cortijo, al marqués y á sus hijas, había un hombre sentado al hogar, quien se levantó al verla, apartándose respetuosamente para ofrecerle su sitio; mas Petit-Pierre le indicó con un ademán que volviese á ocuparlo. No dándose aquel por entendido, apartó la silla colocándola á un lado de la chimenea. Petit-Pierre tomó entonces un escabel y sentóse al otro extremo enfrente

de Juan Oullier, pues éste era el individuo en cuestión; luego apoyó la cabeza en la palma de la mano y el codo en la rodilla, y abismado en profundas reflexiones agitaba el pié con un movimiento convulsivo que se comunicaba á todo el cuerpo, denotando que Petit-Pierre sufría una viva contradicción. Como también combatían el ánimo de Juan Oullier mil encontrados pensamientos, permanecía taciturno y abstraído. Al entrar Petit-Pierre en la estancia, el aldeano se había apresurado á quitarse la pipa de la boca, y hacíala rodar maquinalmente entre los dedos, sin interrumpir de otro modo sus meditaciones que exhalando algunos suspiros muy parecidos á amenazas, ó bajándose para reunir los tizones del hogar y avivar la lumbre. Petit-Pierre fué el primero que rompió el silencio, preguntándole:

—¿No fumabais cuando he entrado, buen hombre?—Sí, respondió lacónicamente el aldeano con acento respetuoso. —¿Por qué no lo hacéis ahora?—Temo incomodaros.—De ningún modo; si esto no es vivac, poco le falta; y como por desgracia es el último, quisiera que estuvierais á vuestras anchas.

Por más enigmáticas que le pareciesen tales palabras, Oullier no se atrevió á interrogar á Petit-Pierre, y con aquel maravilloso tino que distingue al labriego vendeano, sin dejar traslucir que supiese con quién hablaba, se abstuvo de usar del permiso que acababan de darle. A pesar también de las ideas que le agitaban, Petit-Pierre notó la desazón de Juan Oullier, y díjole:—¿Qué os pasa que tan abatido os veo? Creí encontraros muy contento, y me he equivocado. —¿Por qué he de estarlo?—Porque un bueno y leal servidor como vos no puede menos de compartir la alegría de sus amos, y reparo que de veinte y cuatro horas á esta parte nuestra joven amazona está muy gozosa.—¡Quiera Dios que ese gozo no sea efímero! dijo el vendeano alzando los ojos al cielo y sonriéndose con aire de duda.—¡Cómo! A lo que veo no sois muy partidario de los enlaces de amor: pues á mí me gustan muchísimo, y son los únicos en que he querido inmiscuirme.—Yo no tengo ninguna prevención contra este matrimonio, sinó contra el marido.—¿Por qué?

Juan Oullier no contestó.

—Hablad, añadió Petit-Pierre.

El vendeano meneó la cabeza.

—Os lo ruego, buen Oullier: me interesa mucho por eso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

30036

niñas á quienes tanto queréis, y no ignoráis que sin ser Papa tengo potestad para atar y desatar.—Ya sé que podéis mucho.—Sed franco: ¿por qué no os agrada este matrimonio?—Porque la que tome el nombre de baronesa de la Logerie, tomará un nombre mancillado, y para eso no había necesidad de dejar uno de los apellidos más ilustres del país.—¡Ay mi buen amigo! replicó Petit-Pierre con triste sonrisa; están ya muy lejos aquellos tiempos en que los hijos eran solidarios de las virtudes y las faltas de sus padres.—No lo sabía, contestó Oullier.—Y al parecer, continuó Petit-Pierre, para nuestros contemporáneos es una grande obligación la de responder de sí mismos, pues muchos sucumben antes de lograrlo. ¡Cuántos dejan de cumplirla! ¡Cuántos faltan en nuestras filas que por el nombre que llevan deberían encontrarse en ellas! Seamos pues agradecidos á los que á pesar del ejemplo dado por sus padres, de la situación de sus familias y de los incentivos de la ambición, han abrazado nuestra causa para continuar las caballerescas tradiciones de la abnegación y la fidelidad en el infortunio.

Levantó Juan Oullier la cabeza, y con un ademán de odio que no trató de disimular, replicó:

—Ignoráis por ventura.....—Nada ignoro, dijo Petit-Pierre inerrumpiéndole, sé vuestros motivos de queja respecto al difunto barón; mas tampoco desconozco los deberes de gratitud que me ligan á su hijo recién herido por mi causa. Además, si su padre ha cometido algún crimen, y eso Dios lo sabe mejor que nosotros, lo expió con una muerte violenta.—Sí, contestó Juan Oullier bajando la cabeza á pesar suyo; es verdad.—¿Os atreveríais á investigar los designios de la Providencia? ¿Osaríais suponer que no halló misericordia al presentarse bañado en sangre ante el Juez Supremo? Y cuando Dios acaso está satisfecho ¿os mostraríais más rígido é implacable que Dios?

Juan Oullier no despegó los labios. Cada palabra de Petit-Pierre le conmovía el corazón evocando sus sentimientos religiosos y sacudiendo sus rencorosas convicciones respecto del barón, sin que llegara á desarraigarlas por completo.

—El señor de Michel, continuó Petit-Pierre, es un guapo mozo, dócil, sencillo, y pronto á sacrificarse por sus amigos; es rico, calidad que nunca está de más tratándose de matrimonio, y estoy segura de que el carácter enérgico y los hábitos algo independientes de vuestra joven señora, son muy

á propósito para hacerla feliz con un hombre como él. Si ambos son dichosos, ¿qué más podemos desear? Creedme, Juan Oullier, añadió Petit-Pierre suspirando: si tuviésemos que acordarnos de lo pasado, nos sería imposible tener cariño á nada en el mundo.—Señor Petit-Pierre, contestó Oullier meneando la cabeza, vos habláis á las mil maravillas y como excelente cristiano; pero hay cosas que no podemos desterrar de la memoria por más esfuerzos que hagamos para alcanzarlo, y desgraciadamente mis relaciones con el padre del señor barón fueron una de ellas.—No trato de saber vuestros secretos, respondió con gravedad Petit-Pierre. Ya os he dicho que el barón ha derramado su sangre por mí, ha sido mi guía y me ha proporcionado un asilo, y no sólo le aprecio, sinó que debo estarle agradecida. Además, sentiria infinito que entrase la división en nuestro campo, y por lo tanto, mi buen Oullier, os ruego en nombre de la adhesión que manifestáis á mi persona, nó que olvidéis lo pasado, ya que como decís no es posible lograrlo, sinó que reprimáis vuestro rencor hasta aseguraros de que el hijo de quien tanto odiasteis labra la felicidad de la niña que habéis educado.—Creed que daré mil gracias al Altísimo, venga de donde viniere la ventura; pero mucho dudo que entre en el castillo de Souday con el señor barón.—¿Por qué?—Porque cada día dudo más del amor del señor Michel á la señorita Berta.

Petit-Pierre se encogió de hombros con impaciencia y replicó:

—Amigo Oullier, yo dudo de vuestra perspicacia en amor.—Puede que tengáis razón, contestó el vendeano; mas si tanto desea el baroncito una unión que es la mayor honra que puede esperar, ¿por qué ha salido con tanta precipitación del cortijo echando por esos cerros como un loco durante toda la noche?—Si su ausencia ha durado toda la noche, será sin duda porque la felicidad le embargaba los sentidos y no le dejaba un momento de reposo; además, casi afirmaría sin temor de equivocarme, que si ha salido tan á deshora ha sido por las atenciones del servicio antes que por mero capricho.—¡Quiera Dios que así sea! No soy de los hombres que sólo piensan en sí mismos, pues el egoísmo no cabe en mi corazón; y aunque estoy resuelto á salir del castillo el día que en él entre el barón, no dejaré de rogar al Altísimo que bendiga á la que tan ciegamente le ama: siem-

pre vigilaré todos sus actos y trataré de que no se realicen mis presentimientos.—Gracias, Oullier; siendo así, ya puedo confiar en que no pondréis mal gesto á Michel en lo sucesivo. ¿Me lo prometéis?—Os prometo guardar mi rencor y mi desconfianza en lo más recóndito del corazón, y no mostrarlos sinó en el caso que vuestro protegido los justifique con su proceder; pero no me pidáis un sacrificio superior á mis fuerzas: yo no puedo quererle ni apreciarle.—¡Raza indomable! dijo Petit-Pierre á media voz; verdad es que eso te engrandece y vigoriza.—Sí, replicó Juan Oullier á esa especie de aparte; sí, nosotros apenas tenemos más que un amor y un odio. ¿Seríais vos quien se quejara, Sr. Petit-Pierre?

Y miró de hito en hito al joven como si le desafiara con respeto.

—Nó, contestó este; y libreme Dios de hacerlo, pues la adhesión de los vendeanos es cuanto le queda á Enrique V de una monarquía de cuatro siglos, bien que esto no basta, según parece.—¿Quién lo dice? exclamó Juan Oullier levantándose con gesto amenazador.—Luego lo sabréis; hemos hablado de vuestros asuntos, Oullier, y no me duele, pues esta conversación ha dado tregua á muy tristes pensamientos; hora es ya de dedicarme á mis negocios. ¿Han dado las cuatro?—Las cuatro y media.—Despertad á los amigos; á ellos la política no les roba el descanso, á mí sí: mi política es el amor maternal. Id, amigo mío.

Juan Oullier salió, y Petit-Pierre cabizbajo dió algunas vueltas por la pieza. Presa de grande impaciencia y desesperación, retorciase las manos y golpeaba con el pié el suelo, y al sentarse otra vez á la chimenea con el pecho oprimido, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. En seguida se arrodilló rogando al Señor, único dispensador de tronos, que le guiara y le diese fuerzas para dar cima á su propósito, ó resignación para sobrellevar su infortunio.

VIII

A LO HECHO PECHO.

A poco rato entraron en la estancia Gaspar y Juan Renaud, quienes, al ver la actitud y el recogimiento de Petit-Pierre, se detuvieron en el dintel, en tanto que el marqués de Souday que les acompañaba interrumpía con respeto la diana que en recuerdo de su mocedad talareaba. Oyóles Petit-Pierre á pesar de sus precauciones, y les dijo:

—Acercáos, caballeros, y dispensad que haya turbado vuestro sueño. Tengo que comunicaros importantes resoluciones.—Al contrario, señora, nosotros somos quienes debemos pedir mil perdones á V. A. R. por no habernos anticipado á sus órdenes, estando prontos á satisfacer sus deseos á la primera ocasión, contestó Juan Renaud.—Basta de cumplidos, amigo mío, contestó Petit-Pierre: mal sienta la lisonja, atributo de la monarquía victoriosa, cuando va á hundirse por segunda vez.—¿Qué queréis decir con eso?—Quiero decir, contestó Petit-Pierre apoyándose en la chimenea, que os he llamado para devolveros vuestra palabra y despedirme de vosotros, amigos míos.—¿Devolvernos nuestra palabra? ¿despediros de nosotros? contestaron atónitos los caudillos. ¿Es posible que V. A. R. piense en abandonarnos? Y mirábanse unos á otros exclamando sorprendidos: ¡Vamos, no puede ser, no será!—Es preciso.—¿Por qué?—Porque me han aconsejado, ó mejor, me han pedido con instancia que lo haga.—¿Quién?—Personas de cuyo celo, inteligencia y adhesión no me es dable dudar.—¿Con qué pretexto, con qué razón?—A lo que parece, la causa realista está enteramente perdida hasta en la Vendée; la bandera blanca no es más que un girón despreciado por la Francia; ni siquiera se podrían encontrar mil doscientos hombres que por algún dinero quisieran alborotar en nuestro nombre las calles de París; es falso que tengamos simpatías en el ejército; inexacto que las tengamos entre los

empleados del gobierno; y absurdo creer que el Bocage esté dispuesto á levantarse por segunda vez para defender los derechos de Enrique V.—Pero sepamos, dijo el noble vendeano que había cambiado el ilustre apellido que llevó en la primera guerra por el de Gaspar; ¿quién es ese que emite tan doctoralmente su parecer acerca de la Vendée y se atreve á aquilatar nuestro denuedo y abnegación hasta señalar sus límites y decir: de aquí no pasará?—Varios *comités* realistas que no es del caso nombrar y cuya opinión debemos tener en cuenta.—¿Los *comités* realistas? exclamó el marqués de Souday; ¡brava gente por vida mía! Si algo valiese mi opinión, propondría que se hiciese con sus mensajes y advertencias lo que el difunto marqués de Charrette con los de los *comités* de su tiempo.—¿Y qué hacía con ellos, amigo Souday? preguntó Petit-Pierre.—El respeto que debo á V. A. R., respondió el marqués con admirable sangre fría, me impide explicar el uso á que los destinaba.

Sonrióse Petit-Pierre al oír esas palabras, y contestóle:—Desengañaos, querido marqués, Charrette era señor en su campo, y María Carolina nunca podrá ser más que una regente muy constitucional. Además, el alzamiento no puede dar resultados si no hay completa inteligencia entre cuantos están interesados en su éxito, y pregunto yo: ¿existe esta inteligencia cuando la víspera del combate se nos anuncia que faltarán á él las tres cuartas partes de los combatientes?—¡Mejor que mejor! exclamó el marqués; cuantos menos seamos, mayor será la gloria.—Señora, añadió gravemente Gaspar, todavía no pensabais venir á Francia cuando ya os dijimos:

«Las personas que derribaron á Carlos X están alejadas del gobierno actual y no tienen ninguna influencia.

El ejército, subordinado por esencia, lo manda un hombre que ha dicho que en política se debe tener más de una bandera.

Venid, venid sin dilación, vuestro regreso será como el de la isla de Elba: los pueblos se agruparán en torno vuestro para saludar á los vástagos de nuestros reyes que el país ansía aclamar.»

Accediendo á estas instancias vinisteis, señora, y al veros entre nosotros, todos nos hemos alzado animados de noble ardimiento, y si ahora retrocediésemos ó evitáramos de cualquier modo la lucha, esa retirada sería un golpe fatal

para nuestro partido y una deshonra para todos nosotros, pues desacreditaría vuestro talento político descubriendo nuestra impotencia personal.—Sí, contestó Petit-Pierre precisado á defender mal de su grado la amarga verdad que oyó en su conferencia con el doctor Marco; sí, es cierto cuanto acabáis de decir; es cierto que se me ha prometido todo esto; mas no es culpa vuestra, ni mía tampoco, si algunos insensatos han soñado imposibles y han creído realizable lo que efectivamente no lo era. La historia dirá que cuando me han acusado de ser mala madre, he contestado: Estoy pronta al sacrificio; héme aquí. Dirá también que vosotros habéis sido fieles á vuestro soberano á pesar de las adversidades, y que vuestra adhesión ha sido más decidida y heroica en los días de lucha y mala suerte; pero á mí el honor me manda no poner á prueba esa adhesión. Seamos razonables, amigos míos; los guarismos son lo más positivo. ¿Con cuántos hombres podemos contar en este momento?—Con dos mil prontos á levantarse á la primera señal.—Muchos son; pero no bastan: el rey Luis; Felipe tiene además de la guardia nacional cuatrocientos ochenta mil hombres disponibles.—Bueno, contestó el marqués; ¿y las defecciones? ¿y los oficiales que pedirán su retiro antes que combatirnos?—Corriente, dijo Petit-Pierre á Gaspar; voy á poner mi destino y el de mi hijo en vuestras manos: asegúradme con vuestra palabra de caballero que tenemos dos probabilidades contra diez de conseguir el triunfo, y me obligo á permanecer entre vosotros para compartir vuestros peligros.

Al oír Gaspar este llamamiento tan directo, no ya á sus sentimientos, sino á sus convicciones, bajó la cabeza y no se atrevió á contestar.

—Ya lo veis, añadió Petit-Pierre; la razón y el corazón no os dictan lo mismo; sería un crimen abusar de una hidalguía y un entusiasmo que el buen sentido no puede menos de condenar. Dejémosnos pues de discutir sobre este punto, pues según parece no ha sido tan descabellada la resolución; y roguemos al Altísimo que me permita reunirme con vosotros en mejores circunstancias.

Sin duda estaban tan convencidos como ella de esta verdad los principales caudillos de la revuelta, pues á pesar de sus belicosos alardes no replicaron una palabra y volvieron el rostro para ocultar las lágrimas que de sus ojos bro-

taban. El marqués de Souday se paseaba con una impaciencia que no se tomaba la pena de disimular.

—Sí, continuó Petit-Pierre después de una pausa y con amargura; sí, los unos dicen como Pilatos: Yo me lavo las manos; los otros se anticipan á declinar sobre mí la responsabilidad de la sangre inútilmente derramada; y mi corazón ha desmayado á pesar de su entereza ante el peligro, ante la muerte.—La sangre derramada en defensa de la fe nunca será infecunda, contestó una voz desde un rincón del hogar. Así lo ha dicho el Señor, y por humilde que sea el que os habla, no vacila en repetir las palabras de Dios. El creyente que muere defendiendo su fe es un mártir, y la sangre de los mártires es un rocío fecundo que fertiliza la tierra y anticipa la cosecha.—¿Quién ha dicho eso? pregunto Petit-Pierre.—Yo, contestó sencillamente Juan Oullier levantándose de su escabel y entrando sin ceremonias en el círculo de los jefes.—¿Tú? exclamó Petit-Pierre gozoso de tan inesperado auxilio cuando todos le abandonaban. ¿Según veo no piensas como los señores de París? Habla sin rebozo: estamos en unos tiempos en que el mismo Juan Lanas no estaría de más en una asamblea de testas coronadas.—Tan ajeno estoy de pensar que deberíais salir de Francia, que á ser caballero como esos señores, me habría colocado ya á la puerta para atajaros el paso, y os habría dicho resueltamente: salga lo que saliere, no os moveréis de aquí.—¿Por qué razón? Habla, habla.—Es muy sencillo: porque vos sois nuestra bandera, y mientras en un ejército quede un soldado para llevarla, tiene derecho y obligación de hacerlo hasta que la muerte se la dé por mortaja.—¿Qué más? sigue, que dices bien.—Porque vos sois la primera de vuestra estirpe que habéis venido á combatir entre los campeones de ella, y no sería digno ni loable que os retiraseis sin desenvainar la espada.—Sigue, sigue, Juan amigo, dijo Petit-Pierre restregándose las manos.—Porque semejante retirada antes del combate tendría todos los visos de fuga, y nosotros no podemos permitir que huyáis.—Es que, replicó Juan Renaud alarmado por la atención con que Petit-Pierre escuchaba al aldeano; es que las considerables defecciones mencionadas quitarán al movimiento su importancia.—No, nó, ese hombre tiene razón, exclamó Gaspar, que sólo había cedido á pesar suyo á los argumentos de Petit-Pierre. ¿Quién se acordaría de Carlos Eduardo sin Prestón-Moor y

Culloden? Os confieso ingenuamente, señora, que tengo grandes deseos de hacer lo que nos aconseja ese aldeano.—Y tenéis tanta más razón, señor conde, contestó Juan Oullier con una entereza que probaba cuán á la altura estaba de aquella discusión á pesar de su rusticidad; tenéis tanta más razón, cuanto que S. A. R. no logrará saliendo de Francia el objeto que se propone y al cual sacrifica la monarquía confiada á su tutela.—¿Por qué? pregunto Petit-Pierre.—Porque en cuanto os hayais retirado empezarán las persecuciones, y serán tanto más activas, cuanto mayor haya sido nuestra debilidad. Vosotros, caballeros, podéis evitar la tormenta, pues sois ricos, nada os importa la emigración, y tendréis buques que os esperan á la embocadura del Loira ó del Charenta; vuestra patria está casi en todas partes, mientras nosotros pobres aldeanos somos como la cabra adherida al suelo que nos alimenta, y preferimos la muerte al destierro.—¿Y qué deducís de todo esto, buen Oullier?—¿Qué deduzco? A lo hecho pecho, señor Petit-Pierre. Hemos tomado las armas, y debemos batirnos sin gastar el tiempo en contar cuántos somos.—Pues ¡luchemos! exclamó Petit-Pierre exaltado: la voz del pueblo es la voz de Dios: yo tengo confianza en la de Oullier.—¡Guerra pues! repitió el marqués.—¡Guerra! añadió Juan Renaud.—¿Qué día fijamos para el alzamiento? preguntó Petit-Pierre.—¿No se había resuelto verificarlo el día 24? preguntó Gaspar.—Sí; pero aquellos señores han enviado contraorden...—¿Quiénes?—¿De dónde?—De París.—¿Sin consultaros? exclamó el marqués de Souday; ¿sabéis que por menos que eso se fusila á un hombre?—Yo les perdono, dijo Petit-Pierre extendiendo la mano; además, es preciso considerar que los que lo han hecho no son militares.—Este aplazamiento es una gran desgracia, dijo Gaspar á media voz, y si yo lo hubiese sabido, quizás no me habría adherido tan fácilmente al parecer de ese buen aldeano.—Gaspar, recordad sus palabras: á lo hecho pecho. ¡Buen ánimo, pues! Señor marqués de Souday, hacedme el obsequio de darme recado de escribir.

Apresuróse el marqués á buscar lo que Petit-Pierre le pedía, y mientras estaba revolviendo mesas y cajones para encontrarlo, dijo á Juan Oullier estrechándole la mano:

—¿Sabes que tienes un pico de oro y has hablado como un oráculo? Nunca me ha regocijado tanto el sonido de tu cuerno como el botasillas que acabas de

En seguida entregó el papel y pluma á Petit-Pierre, y mojándola éste en un frasco de tinta, escribió con letra clara lo siguiente:

«Apreciado mariscal: me quedo con vosotros, y espero que tendréis la bondad de venir á verme.

»Me quedo porque he comprometido con mi presencia á muchos de mis fieles servidores, y sería una infamia abandonarlos. Confío que Dios nos dará la victoria á pesar de la malhadada contraorden.

»Adiós, señor mariscal; no dimitáis, ya que no lo hace

»PETIT-PIERRE.»

—Ahora, prosiguió doblando la carta, ¿qué día fijamos para el alzamiento?—El jueves 31 de mayo, dijo el marqués de Souday creyendo que el término más corto era el mejor.—Dispensad, señor marqués, respondió Gaspar; creo que vale más señalar la noche del domingo 3 de junio. Los días festivos después del oficio se reúnen todos los feligreses bajo los pórticos de la iglesia, y allí los jefes del levantamiento podrán darles órdenes sin infundir sospechas.—Veo que estáis enterado de las costumbres del país y sabéis sacar partido de ellas, dijo Petit-Pierre. Dejémoslo pues para la noche del 3 al 4 de junio.

Y en seguida escribió la siguiente orden del día:

«Con la resolución de no salir de las provincias del Oeste, cuya lealtad está bien probada, espero que tomaréis todas las medidas conducentes al levantamiento, fijado para la noche del 3 al 4 de junio. Apelo á los hombres de corazón: Dios nos ayudará á salvar la patria; no desmayaré ante ningún peligro ni fatiga, y me presentaré en la primera formación.»

—Echada está ya la suerte, dijo Petit-Pierre: ¡á vencer ó morir!

—Ahora, exclamó el marqués, el 4 sin falta hago tocar á rebato aunque vengan veinte contraórdenes.—Bueno, contestó Petit-Pierre; por de pronto urge que esta orden llegue con seguridad y sin pérdida de tiempo á los jefes de división, para atenuar el mal efecto de las instrucciones de Nantes.—¡Ah! ¡quiera Dios, respondió Gaspar, que esta malhadada contraorden haya llegado á tiempo para paralizar el primer ímpetu y dejar toda su fuerza al segundo! Mucho temo que algunos infelices hayan sido víctimas de su arrojo.—Por eso

debemos tratar de no perder un minuto y no dar tregua á las piernas mientras los brazos permanecen ociosos, respondió Petit-Pierre. Vos, Gaspar, encargaos de avisar á los afiliados del alto y el bajo Poitou; el señor marqués de Souday cuidará de advertir á los del país de Retz y de Maugis; y vos, Renaud, á los bretones. ¿Quién se encarga de llevar mi parte al mariscal? No me atrevo á dar esta comisión á ninguno de vosotros, señores, pues en Nantes os conocen.—Yo, dijo Berta desde la alcoba donde estaba descansando con su hermana y que al oír las voces se había levantado. ¿Acaso no me toca hacerlo en calidad de ayudante de campo?—Cierto, contestó Petit-Pierre; mas vuestro traje, que tanto me gusta, podría muy bien no ser del agrado de los señores nanteses.—Por lo tanto, dijo Mary, en lugar de ir á Nantes mi hermana, iré yo con vuestro permiso. Pondréme el vestido de la hija del colono, y así vos no os separaréis de vuestro ayudante de campo.

Trató Berta de oponerse á este arreglo; pero Petit-Pierre la dijo al oído:

—Quedaos, querida Berta, hablaremos del señor barón Michel y formaremos proyectos á que por cierto él no se opondrá.

Ruborizóse la doncella y bajó la cabeza, dejando que su hermana tomase el pliego dirigido al mariscal.

IX

DE CÓMO Y PORQUÉ FUÉ EL BARÓN MICHEL A NANTES

Si bien hemos participado al lector el viaje del barón á Nantes, no hemos explicado las causas que le movieron á emprenderlo ni expuesto las circunstancias que lo acompañaron.

Por primera vez había obrado el barón con doblez y astucia: anonadado por las palabras de Petit-Pierre, y viendo que la inesperada declaración de Mary defraudaba las espe-

ranzas que tanto le halagaban hasta en medio de la zozobra que sufrió mientras estuvo en poder de maese Jaime, comprendía que el amor de Berta le separaba de Mary más de lo que pudiera haberlo hecho la aversión de esta; sentía haberla animado con su silencio y torpe timidez, y enojado consigo, considerábase incapaz de aclarar el enredo que le atormentaba; y como carecía de entereza para una explicación franca y categórica, parecíale que nunca tendría valor para decir á la hermosa á quien pocas horas antes debió tal vez la vida: Señorita, no sois vos el objeto de mi amor.

Por consiguiente, aunque aquella misma noche no le hubiesen faltado ocasiones de manifestar sus sentimientos á Berta, quien quiso curarle una herida que á tenerla ella no la hubiera hecho pestañear á pesar de su sexo, Michel no se atrevió á salir de una situación que á cada momento se hacía más embarazosa. Deseaba hablar con Mary, y como esta se apartaba de él cuanto podía, hubo de renunciar á valerse de su mediación, según intentaba, al paso que aun le parecía oír aquellas fatales palabras: No os amo.

Aprovechó pues un momento en que nadie reparaba en él para recogerse, y acostóse en el lecho de paja que Berta con sus blancas manos le había arreglado, mas no dejándole dormir el desasosiego de su ánimo, levantóse y con una toalla mojada se refrescó la frente. Entonces quiso aprovechar su insomnio, y á los tres cuartos de hora se le ocurrió la idea de que si bien algunas cosas no son para dichas de viva voz, pueden escribirse; y Michel creyó que este proceder correspondería á la determinación de su carácter, considerando al propio tiempo innecesario asistir á la lectura de la carta que revelaría á Berta el secreto del corazón del joven. Los tímidos temen ruborizarse y ruborizar á los demás.

Decidióse por lo tanto á ausentarse por algún tiempo de la Boulevvre, hasta que su posición estuviera bien despejada y pudiese por lo mismo volver sin temor al lado de su amada, creyendo el barón que, habiéndole el marqués de Souday otorgado tan fácilmente la mano de Berta, no había ninguna razón para temer que le negase la de Mary.

Animado por este juicioso razonamiento, arrojó con ingratitud la toalla á la cual debía quizás la claridad de entendimiento que le permitió concebir su idea, y bajó al patio de la granja. Había llegado al rastrillo de madera que le servía de puerta, y empezaba á descorrer el cerrojo, cuando

de pronto vió agitarse un montón de paja que debajo de un cobertizo próximo había, y asomar una cabeza que conoció ser la de Juan Oullier, quien le dijo con aspereza:

—¡Demontre! Mucho madrugamos, señor Michel.

En efecto, daban las dos en el campanario de la aldea inmediata.

—¿Tenéis que llevar algún mensaje? añadió en seguida.

—No, respondió el barón notando que la mirada sagaz del vendeano estaba fija en él, como tratando de escudriñar hasta los pliegues más recónditos de su corazón. Tengo jaqueca y quiero probar si el aire de la noche la mitigará.— Os advierto que vais á encontrar centinelas, y si no sabéis el santo pueden daros qué sentir.—¿A mí? ¡tendría que ver! —¿Por qué nó? lo mismo que á otro cualquiera: ya podéis comprender que á diez pasos de distancia no será fácil conocerlos.—¿Sabéis vos el santo y seña?—Por supuesto.—Decídmelo.

Juan Oullier meneó la cabeza y contestó:

—Eso contádselo al señor marqués. Subid á su cuarto, decidle que os conviene salir, y él os contestará lo que haga al caso.

Guardóse muy bien el barón de apelar á este recurso, y mientras Juan Oullier volvía á echarse sobre la paja, fué á sentarse en un tronco que había cerca de la puerta y entregóse á sus meditaciones sin hacer el menor movimiento, pues parecíale que entre la paja había un claro por donde se veía brillar un objeto que sin duda era el ojo de Juan Oullier, y el mancebo sabía muy bien cuán poco se engañaba el ojo de aquel nuevo cancerbero. Afortunadamente Michel estaba feliz aquella noche en encontrar expedientes, y sólo faltaba ya hallar un pretexto razonable para salir de la Boulevvre. Sin embargo, cuando salió el sol dorando los tejados del cortijo y coloreando con opalados reflejos sus ventanas, hallóle ocupado todavía en buscar el pretexto apetecido.

La naturaleza empezaba á despertar; mil rumores confusos, mil distintas manifestaciones denotaban la venida del nuevo día: los bueyes mugían pidiendo su pienso de guisantes y avena; las ovejas balaban sacando la cabeza por las rendijas de la puerta del aprisco, deseosas de salir al campo; las gallinas saltaban de la percha en que pasaron la noche y cloqueaban desperezándose sobre el estiércol; las palomas salían del palomar y volaban á los tejados con amoroso arru-

llo, y los patos se alineaban ante la puerta del patio parpando para expresar sin duda su admiración al verla tan herméticamente cerrada cuando tan impacientes estaban para ir á chapotear en el cenagoso charco del camino. Al oírse estos sonidos, cuyo conjunto forma el concierto matinal de toda granja bien organizada, abrióse una ventana colocada perpendicularmente sobre la cabeza de Michel, y asomó el rostro de Petit-Pierre, quien ya por lo abstraído que estaba en sus reflexiones, ya dominado por el grandioso cuadro que á sus ojos se ofrecía, no vió al mancebo que aun buscaba un pretexto sin poder encontrarlo.

En efecto, deslumbrados debían quedar los ojos de la princesa, poco habituada de seguro á semejantes espectáculos, al ver la pompa y majestad con que el rey del día asomaba al oriente entre nubes de púrpura, arrojando mares de llamas, haciendo irradiar como piedras preciosas las húmedas hojas de la selva que se movían á impulsos de la brisa, y levantando con pausa el flotante y vaporoso velo que cubría el valle, que semejante á una púdica virgen mostraba uno tras otro todos sus hechizos y gracias. Permaneció así grandísimo rato suspenso, contemplando fascinado aquel espléndido espectáculo, y apoyado el codo en el alféizar de la ventana y la cabeza en la palma de la mano, dijo melancólicamente:

—¡Ay de mí! los habitantes de esta pobre morada son mucho más felices que yo.

Esas palabras fueron la varita mágica que hizo brotar en la mente del mancebo el pretexto que tan inútilmente había buscado por espacio de más de dos horas, y al oír que cerraban la ventana, dirigióse resuelto al cobertizo bajo el cual se encontraba Juan Oullier, y díjole:

—Amigo mío, Petit-Pierre acaba de asomarse á la ventana.—Lo he visto, contestó el vendeano.—También ha hablado; ¿habéis oído lo que decía?—Como no rezaba conmigo, no he tratado de escucharlo: no soy entrometido.—Ya; mas yo sin serlo ni quererme enterar de lo que estaba diciendo lo oí á pesar mío.—¿Qué dijo?—Que encuentra incómoda y desagradable esta vivienda; y creo que tiene razón, pues carece de muchas cosas que sus hábitos aristocráticos han convertido para ella en necesidades. ¿No podríais vos (por supuesto, dándoos el dinero necesario), encargaros de procurarnos estos objetos?—¿Dónde los encontraré?—En el

pueblo ó en el caserío más inmediato; en Legé ó en Machecul.—Es imposible, contestó Oullier meneando la cabeza.—¿Por qué?—Porque en los sitios que acabáis de indicar están muy alarmados, se interpretan hasta los gestos de ciertas personas, y si fuésemos allí á comprar objetos de lujo, nos expondríamos á excitar sospechas.—¿Y si fuéseis á Nantes?—Da lo mismo, contestó Oullier con sequedad; la lección que me dieron en Montaigu me enseñó á ser prudente, y estoy resuelto á no abandonar mi puesto;...mas ¿por qué no vais vos á Nantes, ya que tanta necesidad tenéis de tomar el aire para aliviaros la cabeza? añadió irónicamente el vendeano.

Cuando vió Michel que su astucia tenía un éxito tan completo, se puso muy encendido, creciendo sus temores á proporción que se acercaba al resultado de aquella estratagema, y contestóle con acento inseguro:

—Puede que tengáis razón; pero yo tampoco las tengo todas conmigo, pues francamente,...—Un valiente como vos no debe arredrarse por nada, dijo Oullier tirando la manta y dirigiéndose á la puerta á fin de abrirla antes que el mancebo tuviese tiempo para retroceder. Es que...—Acabemos, replicó amostazado Juan Oullier.—Vos os encargaréis pues de disculparme con el señor marqués y con...—¿La señorita Berta, no es eso? contestó Oullier, en tono zumbón; perded cuidado.—Mañana estaré de vuelta, añadió el mancebo traspasando el umbral.—No os apuréis por eso; si no es mañana será otro día. Y así diciendo cerró la puerta.

Al oírlo sintió Michel que se le oprimía el corazón, y olvidando por un momento su azarosa posición, parecióle que aquella carcomida puerta era un muro de bronce que en lo sucesivo debía siempre encontrar entre él y el hermoso semblante de Mary. Sentóse al borde del camino y echó á llorar como un niño. Ocurriósele por un momento la idea de ir á llamar á la puerta del cortijo, aun á riesgo de sufrir los sarcasmos de Juan Oullier, cuya mala voluntad le era patente; pero detúvole un sentimiento de vergüenza muy fácil de comprender, y echó á andar á la ventura sin saber á dónde encaminaba sus pasos. Al llegar al camino de Legé oyó un carruaje, volvió la cabeza, y vió que era la diligencia de Sables d'Olonne á Nantes, y conociendo que la pérdida de sangre que había experimentado al recibir la herida no le había dejado fuerzas bastantes para proseguir el ca-

mino á pié, subió á la diligéncia, y con ella llegó al término de su viaje. Entonces vió por vez primera cuán triste era su situación, pues acostumbrado desde su infancia á seguir ciegamente la voluntad ajéna, y habiendo trocado esta servidumbre moral por una nueva servidumbre dejando á su madre por la mujer á quien amaba, al verse abandonado á sí mismo y enteramente dueño de su albedrío, no sólo no supo apreciar los encantos que esta libertad tenía, sinó que le apesadumbró sobremanera un aislamiento para él tan nuevo.

No hay soledad más cruel é insufrible para los corazones lacerados que la de las grandes poblaciones, en las cuales crece aquella tanto más, cuanto mayor es su bullicio, pues el bullicio y algazara de la gente que cruza las calles indiferente al pesar del que sufre en silencio, forman con su dolor un contraste que lo hace más agudo aún que el completo aislamiento. Así le sucedió á Michel. Cuando se encontraba todavía en la carretera de Nantes creyó que en esta ciudad encontraría en la distracción un lenitivo á sus pesares; mas al llegar notó que se había equivocado. La imagen de Mary le seguía por do quier; en cada grupo, en cada pareja que encontraba al paso le parecía reconocer el rostro de su amada, y cada desengaño le causaba un dolor inexplicable. Viendo pues que su angustia y la agitación de su ánimo en vez de disminuir aumentaba por momentos, determinó volver á la posada donde se había apeado del coche, encerróse en un cuarto, y como al salir del cortijo, se puso á llorar amargamente. Pensó por un momento regresar á la Bouleuvre, arrojarle á los piés de Petit-Pierre y rogarle que le sirviese de intercesor con las dos hermanas, pesaroso ya de no haberlo efectuado antes por temor de herir la susceptibilidad de Berta; pero al formar este propósito recordó el objeto ó pretexto de su viaje, que era el de comprar algunos objetos de lujo que debían motivar su partida, y luego escribir la carta fatal que había sido el único y verdadero fin de su viaje á Nantes. Encima de la mesa había recado de escribir, cobró valor, y mojando el papel con tantas lágrimas como palabras estampaba en él, escribió lo siguiente:

«Señorita: debiera ser el hombre más feliz, y sin embargo creo que es preferible la muerte al dolor que me parte el corazón.

»¿Qué pensaréis, qué diréis cuando sepáis lo que no puedo

ocultaros por más tiempo sin mostrarme enteramente indigno de la bondad con que me tratáis? Y con todo necesito acordarme de vuestra benevoléncia, necesito la certeza de la magnanimidad que enaltece vuestra alma, necesito ante todo pensar que nos separa el sér que más amáis en el mundo, para atreverme á dar este paso.

»Sí, señorita, amo á Mary con todo corazón, ámola tanto que sin ella no quiero ni puedo vivir, y tanto que al hacerlos una declaración que otra persona de sentimientos menos elevados que los vuestros tomara tal vez por sangrienta injuria, tiendo á vos mis suplicantes manos para deciros: Dadme la esperanza de que podré adquirir el derecho de amaros como un hermano.»

Cerrada la carta, pensó Michel que sería algo difícil hacerla llegar á su destino, pues no pudiendo mandarla por ningún sugeto de Nantes, porque á ser fiel el mensajero corría grave riesgo su pellejo, y de no serlo, no estaba muy seguro el que lo mandase, pensó que podría encontrar en las cercanías de Machécul algún discreto aldeano á quien confiar el mensaje, cuya respuesta iría á esperar en el bosque en tanto que el labriego cumplía su encargo. Tomada esta resolución, salió á comprar algunos objetos que guardó en la maleta, y aplazó para el día siguiente la adquisición de un caballo que le faltaba para la próxima campaña. En efecto, á las nueve de la mañana del siguiente día salía Michel de Nantes para el país de Retz, montado en un excelente caballo normando y con la maleta en la grupa.

X

DONDE LA OVEJA CAE EN LA TRAMPA CREYENDO ENTRAR EN

EL REDIL

Era día de mercado, y tan numeroso el concurso de campesinos en las calles y muelles de Nantes, que al llegar Michel al puente Rousseau, lo encontró literalmente obstruido